



Barbara W. Tuchman

LA TORRE DEL ORGULLO

Una semblanza del mundo antes
de la Primera Guerra Mundial

PENÍNSULA

La torre del orgullo

Una semblanza del mundo antes de
la Primera Guerra Mundial

Barbara W. Tuchman

Traducción de Fernando Corripio

Título original: *The Proud Tower. A Portrait of the World Before the War, 1890-1914*

© Barbara W. Tuchman, 1966

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: 1967

Primera edición en esta presentación: junio de 2024

© de la traducción del inglés, Fernando Corripio, 1967

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2024
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 9.371-2024
ISBN: 978-84-1100-266-0

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Prefacio	11
1. Los patricios: <i>Inglaterra: 1895-1902</i>	17
2. La idea y el hecho: <i>Los anarquistas: 1890-1914</i>	99
3. El fin de un sueño: <i>Los Estados Unidos de Norteamérica: 1890-1902</i>	171
4. ¡Quiero luchar!: <i>Francia: 1894-1899</i>	243
5. El continuo redoble del tambor: <i>La Haya: 1899-1907</i>	323
6. Un heroísmo brutal flota en el aire: <i>Alemania: 1890-1914</i>	411
7. Transferencia de poderes: <i>Inglaterra: 1902-1911</i>	491
8. La muerte de Jaurès: <i>Los socialistas: 1890-1914</i>	565
Epílogo	645
Agradecimientos	647
Notas	649
Bibliografía	687
Índice onomástico	711

Los patricios

Inglaterra: 1895-1902

El último Gobierno del mundo occidental que poseyó todos los atributos de la aristocracia operante se instituyó en Inglaterra en junio de 1895. La Gran Bretaña se hallaba en el cenit del Imperio cuando los conservadores ganaron las elecciones generales aquel año, y el Gobierno que estos constituyeron resultaba la imagen soberbia y resplandeciente de dicho apogeo. Sus componentes representaban a los grandes hacendados del país, que estaban acostumbrados a gobernar desde hacía muchas generaciones. Como ciudadanos superiores, consideraban que tenían la obligación de salvaguardar los intereses del Estado, manejando sus asuntos. Gobernaban por herencia, obligación y costumbres, y estaban convencidos de hacerlo con todo acierto.

El primer ministro era un marqués cuyos ascendientes habían sido jefes de Gobierno con la reina Isabel y con Jaime I. El secretario de la Guerra también era otro marqués, y su título de menor importancia —barón— se remontaba al año 1181. Su bisabuelo había sido primer ministro de Jorge III, y su abuelo integró seis Gobiernos durante tres reinados. El lord presidente del Consejo era duque, poseía unas 90.000 hectáreas en once condados y sus antepasados formaron parte del Gobierno desde el siglo xiv. Él mismo formó parte, durante treinta y cuatro años, de la Cámara de los Comunes, y en tres ocasiones rechazó el cargo de primer ministro. El secretario para la India era hijo de otro

duque, y sus cuatro hijos estaban todos en el Parlamento. El presidente del Consejo de Gobierno Local era un destacado hacendado que tenía un duque por cuñado y un marqués por yerno, y que había sido miembro del Parlamento durante veintiséis años. El lord canciller tenía un apellido que llevó a Inglaterra un normando seguidor de Guillermo el Conquistador, y que, sin embargo, se mantuvo a través de ocho siglos sin título alguno. El lord teniente de Irlanda era conde, sobrino nieto del duque de Wellington y heredero de la dirección del Museo Británico. El Gabinete también comprendía un vizconde, tres barones y dos caballeros. De los seis miembros sin título nobiliario que lo integraban, uno era director del Banco de Inglaterra; otro descendía de una familia que representaba en el Parlamento al mismo condado desde el siglo xvi; otro era jefe de la Cámara de los Comunes, sobrino del primer ministro y heredero de una fortuna escocesa de cuatro millones de libras esterlinas, y el último, tal vez un poco fuera de lugar, era un industrial de Birmingham, y se le consideraba como uno de los hombres más afortunados de Inglaterra.

Además de dinero, tierras y antiguo linaje, el nuevo Gobierno también poseía, para disgusto de la oposición liberal, y según las palabras de uno de estos oponentes, «un talento y una capacidad casi ofensivos».¹

Seguros de su autoridad, descansando cómodamente en su mayoría en la Cámara de los Lores, de los cuales las cuatro quintas partes eran conservadores, se hallaban en una posición, según el antedicho oponente, «de inquebrantable solidez».

Enriquecían sus filas los aristócratas *whigs*, que se habían separado de las filas del Partido Liberal en 1886, antes que aceptar la idea de Mr. Gladstone de un Gobierno independiente para Irlanda. Estos *whigs* eran, en su mayoría, grandes terratenientes que, a semejanza de sus hermanos naturales, los *tories*, consideraban sagrada la unión con Irlanda. Bajo la dirección del duque de Devonshire, el marqués de Landsowne y Mr. Joseph Chamberlain permanecieron independientes hasta 1895, en que se unie-

ron al Partido Conservador, y los dos grupos constituyeron el Partido Unionista, en reconocimiento a la política que los llevó a reunirse. Con la excepción de Mr. Chamberlain, esta coalición representaba una clase en la que la nobleza de sangre, el ejercicio del gobierno y la riqueza de tierras habían sido características inseparables. Ya desde la época en que los caudillos sajones se reunieron para aconsejar al rey en la primera asamblea nacional, los hacendados de Inglaterra habían enviado miembros al Parlamento, y desempeñado los cargos de *sheriff* mayor, de juez de paz y de lord teniente de la milicia en sus propios condados. Habían aprendido la práctica del Gobierno de la posesión de grandes extensiones de tierras, y se entregaban a administrar los asuntos del país con la misma determinación con que los castores construyen una presa. Ese era el papel que les incumbía, su tarea natural.

Pero existía la amenaza. Un rumor creciente de protestas que venía desde abajo; de los radicales de la oposición, que deseaban imponer impuestos a las tierras; de los irlandeses, que querían separar su isla, de la que provenían tantos ingresos; de los sindicatos, que pedían una representación laborista en el Parlamento y exigían el derecho legal a la huelga, así como la intervención en los asuntos económicos; de los socialistas, que pretendían nacionalizar las propiedades; y de los anarquistas, que deseaban abolirla; y, por último, de las naciones recientemente independizadas y de otros elementos perturbadores del extranjero. El rumor aún era lejano, pero exigía un cambio, y los que gobernaban no podían dejar de oírlo.

Plantado firmemente en el camino de esos descontentos, obrando astutamente, aunque con la apasionada convicción de que defendía el orden imperante, se hallaba un noble que era canciller vitalicio de la Universidad de Oxford, que había detentado dos veces la cartera de la India y otras dos la de Asuntos Exteriores, y que en ese momento era primer ministro por tercera vez. Se trataba de Robert Arthur Talbot Gascoyne-Cecil, lord Salisbury, noveno conde y tercer marqués de su linaje.

Lord Salisbury era, a la vez, el compendio y la excepción de su clase, si bien una de sus características era precisamente la de ser diferente. Medía un metro noventa de altura, y de joven había sido enjuto, desgarbado, corto de vista y con el pelo singularmente moreno para un inglés. Ahora, a los sesenta y cinco años, su espigada juventud se había convertido en robustez; sus espaldas adquirieron anchura, aunque seguían encorvadas, y su gran cabeza calva, junto con una espesa barba gris y rizada, parecían inclinar aún más sus espaldas. Melancólico, intensamente intelectual, sujeto a ensoñaciones y a momentos de depresión, que él llamaba «tormentas de nervios»,² cáustico, indelicado, aburrido de la sociedad y amigo de la soledad, dotado de una mente penetrante, escéptica y curiosa, le llamaron el Hamlet de la política inglesa. Estaba por encima de los convencionalismos, y se negó a vivir en Downing Street. Su inclinación se dirigía hacia lo religioso, y su interés hacia las ciencias. En su propia casa asistía a los oficios en su capilla privada, todas las mañanas antes del desayuno, e hizo instalar un laboratorio químico, donde realizaba solitarios experimentos. Embalsó el río en Hatfield para disponer de una planta de energía eléctrica en sus posesiones, contra la que la familia arrojaba cojines cuando se estropeaba,³ e hizo tender sobre las antiguas vigas de su morada una de las primeras instalaciones eléctricas de Inglaterra.

Lord Salisbury sentía muy poco interés por los deportes, y no mucho más por la gente. Su temperamento solitario se acentuaba por una miopía tan intensa, que a veces no reconocía a los miembros de su propio Gobierno, ni a su mismo mayordomo. Al terminar la guerra de los bóers cogió una fotografía firmada por el rey Eduardo de Inglaterra y, mirándola pensativamente, comentó:

—Pobre Buller [se refería al comandante en jefe al iniciar la contienda], qué estropicio ha hecho...

En otra ocasión se le vio enfrascado en una larga conversación sobre temas militares con un funcionario de escasa importancia, por creer que estaba hablando con el mariscal de campo lord Roberts.⁴

Por el compañero más fiel y que más preocupación proporcionaba al inglés de la clase superior, es decir, el caballo, lord Salisbury tampoco demostraba tener interés alguno. El cabalgar era para él un simple medio de locomoción, y el caballo era un «aditamento necesario, pero extremadamente incómodo».⁵ Tampoco se mostraba adicto a la caza. Cuando el Parlamento levantaba sus sesiones, no se marchaba a cazar patos en las ciénagas, o a acechar ciervos en los bosques escoceses, y si el protocolo le obligaba a permanecer con la familia real en el palacio de Balmoral, no daba paseos por los alrededores, y «se negaba enérgicamente», según escribió el secretario privado de la reina Victoria, a intervenir en las cacerías.

Cuando podía, Salisbury se marchaba de vacaciones a Francia, donde tenía una mansión en Beaulieu, localidad de la Riviera. Allí solía ejercitar su correcto francés y dedicarse a la lectura de *El conde de Montecristo*, el único libro, dijo en cierta ocasión a Alejandro Dumas, hijo, que le permitía olvidar la política.⁶

Su contacto con el deporte se reducía a la práctica del tenis, pero, ya anciano, inventó su propia forma de hacer ejercicio, que consistía en montar un triciclo alrededor del parque St. James, muy temprano por las mañanas, o por senderos cubiertos de cemento, que había mandado hacer a tal fin en su propiedad de Hatfield. En tales ocasiones usaba una especie de sombrero mexicano y un poncho o manta con un agujero en el medio, por el que se introduce la cabeza. Se hacía acompañar por un criado para que le empujase cuesta arriba. Cuando bajaban una colina, Salisbury decía al muchacho: «Súbete atrás»,⁷ y así, el primer ministro, con el criado apoyado en sus hombros y el poncho flotando al viento, descendía velozmente en su chirriante triciclo.

Hatfield, situada a unos treinta kilómetros al norte de Londres, en el Hertfordshire, había sido el hogar de la familia de lord Salisbury, los Cecil, durante casi trescientos años, desde que Jaime I regaló estas posesiones, en 1607, a su primer ministro Robert Cecil, primer conde de Salisbury, a cambio de una mansión de Cecil de la que el rey se había encaprichado. Fue Hatfield la

residencia real en la que la reina Isabel había pasado su infancia, y donde al recibir la noticia de su subida al trono reunió su primer Consejo y nombró a William Cecil, lord Burghley, su secretario de Estado principal. La Gran Galería de la mansión, de trabajados paneles y techo dorado, tenía sesenta metros de largo. El Salón de Mármol, llamado así por su suelo, de color blanco y negro, relucía como una joya con los techos pintados y las paredes cubiertas de tapices de Bruselas. El Salón del Rey Jaime, pintado de rojo, tenía los muros llenos de retratos familiares de tamaño natural, pintados por Romney, Reynolds y Lawrence. La biblioteca presentaba, desde el suelo hasta el techo, una serie de estanterías en las que se alineaban 10.000 volúmenes encuadernados en cuero y pergamino. En otras estancias se guardaban cartas de la reina María de Escocia, armaduras de los combatientes de la Armada Invencible española; la cuna del rey Carlos I, que murió decapitado, y unos cuadros con la efigie de Jaime I y Jorge III, obsequiados por los mismos soberanos.

Afuera, en el parque, crecían setos de tejos, recortados caprichosamente. Acerca del jardín, Pepys escribió que nunca había visto «flores tan hermosas, ni grosellas tan grandes».⁸ Sobre el vestíbulo de la mansión pendían diversas banderas tomadas en la batalla de Waterloo, que el duque de Wellington había regalado a Hatfield. El duque era un visitante asiduo de la residencia y un devoto admirador de la madre del primer ministro, la segunda marquesa. En su honor, Wellington llevaba la casaca de caza de Hatfield cuando se hallaba en campaña. La primera marquesa había sido pintada en un cuadro por sir Joshua Reynolds, y salió de caza hasta el mismo día en que murió, a los ochenta y cinco años. Entonces, medio ciega y atada a su silla de montar, se hacía acompañar por un criado, que gritaba cuando el caballo se acercaba a una valla:

—¡Salte, mi señora! ¡Maldición, salte!⁹

Era esta persona excepcional la que había vigorizado la sangre de los Cecil, que, después de Burghley y su hijo, no produjo otros ejemplares de mentalidad superior. Más bien, la medianía

general de las sucesivas generaciones había sido solo alterada, según la expresión del último Cecil, por ejemplos de «excepcional estupidez». ¹⁰ Pero el segundo marqués demostró ser un hombre vigoroso y competente, con un acendrado sentido del quehacer público, al que sirvió en varios gobiernos *tories* de mediados de siglo. Su segundo hijo, otro Robert Cecil, fue primer ministro en 1895. A su vez tuvo cinco hijos que se distinguirían por sí mismos. Uno sería general, otro obispo, otro ministro de Estado, otro miembro del Parlamento por Oxford, y el último llegó a ganar un título de nobleza por sus servicios al Gobierno. «Tanto en los seres humanos, como en los caballos —se vio impulsado a escribir cierta vez lord Birkenhead, a la vista de lo ocurrido con los Cecil—, hay mucho que decir acerca de los principios hereditarios.» ¹¹

En 1850, mientras estudiaba en Oxford, los condiscípulos del joven Robert Cecil aseguraban que terminaría siendo primer ministro, bien a causa de sus opiniones absolutamente intransigentes, o precisamente a pesar de ellas. A lo largo de su vida, lord Salisbury nunca se preocupó por refrenarse. Sus juveniles discursos se caracterizaban por su virulencia e insolencia. No era, como había dicho Disraeli, «un hombre que midiera sus palabras». ¹²

Ser un «Salisbury» se convirtió en un sinónimo de imprudencia política. En una ocasión comparó a los irlandeses con los hotentotes, por su incapacidad para gobernarse, y a un hindú, candidato al Parlamento, le llamaba «el negro». ¹³ Según decía lord Morley, los discursos de Salisbury siempre resultaban gratos de leer porque «con seguridad contenían alguna detonante indiscreción que resultaba delicioso recordar». ¹⁴ Si esto era meramente accidental, es algo que no está del todo claro, ya que aunque lord Salisbury decía sus discursos sin guiarse por nota alguna, previamente se los aprendía de memoria, y cuando los enunciaba resultaban perfectos en todo sentido. En aquella época el arte de la oratoria se consideraba como una de las cualidades indispensables en un estadista, y cualquiera que hubiese leído

un discurso de unas cuartillas habría sido considerado como digno de lástima. Cuando lord Salisbury hablaba, «cada frase —dijo un colega del Parlamento— parecía tan esencial, tan articulada y vital para la argumentación, como los miembros lo son para el cuerpo de un atleta».¹⁵

Cuando aparecía en público, ante una audiencia con la que nada tenía que ver, lord Salisbury daba la sensación de actuar torpemente; pero cuando se dirigía a sus pares, en la Cámara Alta, se le notaba perfectamente a sus anchas. Hablaba con voz sonora, cambiando a veces el tono al expresar una helada ironía o una velada burla. Cuando un *whig* recientemente ennoblecido subió el estrado para aleccionar a la Cámara de los Lores sobre los elevados y solemnes principios de los *whigs*, Salisbury preguntó a un vecino quién era el orador, y al oír el nombre, respondió con voz perfectamente audible:

—Creía que ya había muerto.¹⁶

Cuando escuchaba a los demás, Salisbury se aburría con facilidad, y lo revelaba con un balanceo de una de las piernas, con lo que parecía estar diciendo: «¿Hasta cuándo va a durar esto?».¹⁷ En su casa, si las visitas le impacientaban, solía dar taconazos en el suelo, haciendo estremecer los muebles. A veces hacía lo mismo en la Cámara, al escuchar a un orador aburrido, y sus colegas se quejaban de que les mareaba con tal movimiento.¹⁸ Cuando tenía inmóviles las piernas, eran sus manos las que se movían, retorciéndose incesantemente o golpeando con el puño sobre una rodilla o en los brazos de su escaño.

Casi nunca solía recibir invitados en su casa de Arlington Street, a excepción de una o dos recepciones de carácter político o alguna fiesta campestre en Hatfield. Rara vez se le veía en el Carlton, el club oficial de los Conservadores, pero era asiduo concurrente del Junior Carlton, donde le colocaban una mesa en una estancia en la que comía él solo, y donde la biblioteca tenía grandes letreros que decían «Silencio». Trabajaba desde el desayuno hasta la una de la mañana, regresando a sus tareas después de la cena, como si fuera la segunda parte de la jornada. Sus ro-

pas eran desaliñadas y a veces no del todo limpias. Sus pantalones y su chaleco eran de un gris desvaído, y encima de ellos usaba una amplia levita que se había vuelto brillante con el uso. Pero si bien era descuidado en el vestir, prestaba, en cambio, gran atención a su barba, y dirigía con todo cuidado la operación del barbero, indicando «un poco más aquí», tras lo cual «artista y cliente miraban con atención al espejo para observar el resultado».¹⁹

A pesar de su lengua mordaz y de sus sarcasmos, Salisbury ejercía sobre sus colegas y allegados una influencia que, según dijo uno de ellos, «no era virtud desdeñable en la dirección de los asuntos públicos».²⁰ Prestaba gran atención a las fiestas oficiales, y a veces llegaba a sacrificar su inclinación a la soledad por tal motivo. En una ocasión asombró a sus conocidos al aceptar una invitación para asistir a la tradicional cena de los miembros del partido, que daba el jefe de la Cámara de los Comunes, y pidió que le dieran con todo detalle los datos biográficos de cada invitado. Durante la cena, el primer ministro asombró a su vecino de mesa, un conocido agricultor, con su profundo conocimiento sobre la rotación de las cosechas y otros temas similares. Después charló con todos los invitados, uno por uno, y antes de marcharse dijo a su secretario privado:

—Creo que ya están todos, pero hay alguien con el que no he hablado, y que, según me dijo usted, fabricaba mostaza.²¹

Mr. Gladstone, que era su mayor antagonista en la política, le reconocía como «un gran caballero en privado».²² En la vida corriente, en efecto, era agradable y afectuoso, en completo contraste con su forma de ser en público. La opinión de las masas no le interesaba, pues a su entender el populacho carecía de instrucción. En consecuencia, no trataba de cultivar ese contacto personal que hace de un dirigente político un hombre popular, y que se gana un apodo afectuoso del hombre de la calle. Ni en los periódicos, ni siquiera en la revista humorística *Punch*, lord Salisbury dejaba de ser nunca lord Salisbury. No disimulaba el disgusto que le producían los tumultos de cualquier clase, «incluso los de la Cámara de los Comunes».²³ Una vez que ingresó en la Cá-

mara de los Lores, no regresó jamás a la de los Comunes para escuchar los debates desde la Galería de los Pares, o para charlar con los miembros de la Cámara en el vestíbulo, y si se veía obligado a aludir a dicho organismo en algún discurso, lo hacía siempre con un tono de manifiesto desdén, ante el regocijo de los visitantes de los Comunes que acudían a escucharle. Pero esto no era más que una actitud simbólica, con la que trataba de subrayar su profundo sentimiento de patricio. En otros aspectos, no prestaba atención a las diferencias de clases o jerarquías, y era indiferente a los honores o a cualquier tipo de manifestaciones de vanidad. Era, sencillamente, que como Cecil —y como uno de los más caracterizados— había nacido con plena conciencia de su capacidad para gobernar, y no veía razón alguna para hacer concesiones en ese sentido.

Lord Salisbury había entrado a los veintitrés años en la Cámara de los Comunes de acuerdo con la costumbre establecida para los hijos de los nobles, es decir, procediendo de un distrito controlado por la familia, por lo que no tuvo oposición en las elecciones. Tras permanecer quince años en la Cámara Baja, siendo reelegido cinco veces en la forma antedicha, y veintisiete años en la de los Lores, Salisbury tenía escasa experiencia en lo que concernía a conseguir votos para las elecciones. No se consideraba responsable *ante* el pueblo, sino que se creía responsable *del* mismo, como si este se hallase a su cuidado. El respeto que pudiera sentir hacia alguien no se dirigía nunca hacia abajo, sino hacia arriba, hacia la monarquía. Sentía verdadera devoción por la reina Victoria —que le llevaba unos diez años—, tanto como súbdito, como por su calidad de hombre y caballero. Por ella solía refrenar su rudeza, incluso cuando más aburrido se encontraba en Balmoral.²⁴

Por su parte, la reina le correspondía yendo a visitarle a Hatfield, y ponía en él toda su confianza, otorgándole, según ella había dicho al obispo Carpenter, «si no el más alto lugar, un puesto igual entre sus ministros», sin exceptuar al propio Disraeli. Salisbury, que siempre se sentía «incómodo de pie»,²⁵ fue el

único hombre al que la reina mandaba sentar en su presencia. Diferentes en todo, a excepción del profundo sentido de la tarea de gobierno que ambos desempeñaban, la anciana y diminuta reina y el corpulento primer ministro sentían el uno hacia el otro mutuo respeto y consideración.

Del mismo modo que en el vestir, Salisbury se mostraba despreocupado en los asuntos oficiales de poca monta. En cierta ocasión dos sacerdotes de nombre parecido le fueron presentados como candidatos a un obispado, y él eligió, por error, al que no había sido recomendado por el arzobispo de Canterbury. Como este le llamara la atención, evidentemente molesto, Salisbury se limitó a contestar:

—Bueno, me atrevería a decir que lo va a hacer tan bien como el otro.²⁶

Solo reservaba todo su cuidado para los asuntos serios, y entre los más importantes se contaba para él el mantenimiento de la influencia aristocrática en el poder, no en su propio beneficio, sino porque consideraba que era el único elemento capaz de mantener unida a la nación en contra de las crecientes fuerzas de la democracia, a las que veía dividir el país «en una serie de facciones enemigas y recelosas».²⁷

La guerra de clases y el ateísmo eran para él las peores amenazas, y por tal razón detestaba el socialismo, no tanto por su amenaza contra la propiedad, como por predicar la guerra de clases y el materialismo, que significaba la anulación de los valores espirituales.

No negaba Salisbury la necesidad de establecer reformas sociales, pero consideraba que estas debían lograrse mediante la actuación armónica de los partidos políticos. Así, por ejemplo, el Acta de Compensación de los trabajadores, que hacía responsable a los patronos de los accidentes sufridos en el trabajo por sus obreros, fue presentada y aprobada con su apoyo en 1897, a pesar de la oposición de algunos de los miembros de su partido, que consideraban la ley como una injerencia en la empresa privada.

Luchó, en cambio, por evitar el incremento del poder político de las masas. Cuando todavía era joven —tenía poco más de treinta años—, y no esperaba aún heredar el título familiar, ya había formulado su posición política en una serie de 30 artículos que aparecieron en el *Quarterly Review*,²⁸ a principios de 1860. Contrario a la creciente exigencia de la época en pro de una nueva ley de Reforma que extendiese el sufragio, lord Robert Cecil, como era entonces su nombre, declaró que era obligación del Partido Conservador el mantener los derechos y privilegios de las clases altas como «único baluarte» contra el dominio del número. Extender el derecho del voto era, a su entender, dar a la clase trabajadora no solo una voz en el Parlamento, sino también una preponderancia que proporcionaría a la masa «un poder que no debiera tener».

Se lamentaba Salisbury de la adulación con que los liberales trataban a la clase trabajadora, «como si fueran diferentes de los demás ingleses», si bien lo cierto es que la única diferencia residía en que tenían menos educación y posesiones. A su entender, «cuanto menores son las propiedades, mayor es el peligro de emplear deficientemente las libertades políticas». Consideraba que la democracia resultaba perjudicial para las libertades personales, ya que con dicho régimen, «las pasiones no son una excepción, sino la regla», y resultaba totalmente imposible pedir una actuación política desapasionada a «unos hombres cuya mente no está acostumbrada a pensar, y que carecen de la disciplina del estudio». Extender el sufragio entre los pobres, al tiempo que se aumentaban los impuestos a los ricos, terminaría divorciando totalmente el poder, de la responsabilidad. De esa forma, aseguró, «los ricos pagarían los impuestos y los pobres harían las leyes».

Lord Salisbury, por consiguiente, no creía en la igualdad política. Existía, por un lado, la multitud, afirmaba, y los dirigentes naturales por el otro. «Siempre la riqueza —en algunos países teniendo como base la cuna, y en todos la capacidad intelectual y la cultura— señala al hombre que la comunidad considera capaz de hacerse cargo del gobierno.» Estos hombres tenían ya vida

fácil y fortuna, por lo que no caían en sórdidas luchas de ambición. «Son la aristocracia de un país en el más original y claro sentido de la palabra... Lo que importa es que los gobernantes de un país deben ser elegidos entre ellos.» Como clase, deberían retener esa «preponderancia política que les confiere su capacidad superior».

Tan sincera era su convicción acerca de esa superioridad, que en 1867, cuando el Gobierno *tory* patrocinó la Segunda Ley de Reforma, que duplicó el electorado y proporcionaba libertades políticas a los trabajadores de las ciudades, Salisbury renunció a un puesto en el Gobierno con veintisiete años —hacia uno que había conseguido su cargo—, ya que consideraba que la ley era una traición a los principios conservadores. El cambio llevado a cabo, instigado por Disraeli, para perjudicar a los *whigs* y enfren-tarse con las realidades políticas, fue considerado con horror por lord Cranborne (el nuevo título de lord Robert Cecil, después de la muerte de su hermano mayor, ocurrida en 1865). A pesar de que ello podía arruinar su carrera, Salisbury renunció como secretario para la India, y en un serio y cáustico discurso atacó en la Cámara la política de los dirigentes del partido, lord Derby y Mr. Disraeli. Rogó entonces a los demás miembros que no concediesen, para obtener ventajas políticas, lo que terminaría por destruirles como clase. «La riqueza, la inteligencia, la energía de la comunidad, todo lo que os ha proporcionado ese poder que os hace sentir orgullo de vuestra nación, que hace que las deliberaciones de esta Cámara sean tan importantes, se verán totalmente anulados por el número.»²⁹

Un año más tarde, al ocurrir la muerte de su padre, lord Cranborne entró en la Cámara de los Lores como tercer marqués de Salisbury. En 1895, casi treinta años después, sus principios no se habían desviado una sola pulgada de su modo inicial de pensar. Dando por sentado que los cambios no aportarían mejoras, y sin mayor fe en el futuro que en el presente, Salisbury se dedicó con «hosca acrimonia»³⁰ a mantener el orden existente. Puesto que consideraba que «la posición social, desprovista del poder del que era

originalmente el símbolo, constituía una vergüenza»,³¹ se mostró decidido, mientras viviese y gobernase a Inglaterra, a resistir todo ataque contra aquella clase en la que la jerarquía era aún el símbolo visible. Temeroso de los enemigos que se avecinaban, se levantó contra la era futura. La democracia presionaba, pero aún no había cerrado por completo su cerco en torno a la figura que lord Curzon describió como «ese extraño, poderoso, inescrutable, brillante y engorroso peso muerto que hay en lo alto».³²

El individuo medio de la clase dominante, poco preocupado por la mentalidad agorera y demasiado pesimista de lord Salisbury, no se cuidaba excesivamente del futuro, cuando el presente resultaba tan satisfactorio. La Edad de los Privilegios, aunque avasallada en algunos aspectos y haciendo aguas ya en otros, aún parecía, en los años finales del siglo XIX y del reinado de Victoria de Inglaterra, una situación permanente. Para el privilegiado, la vida resultaba «segura y confortable... La paz se extendía por todo el país».³³ Indudablemente, el presupuesto de sir William Harcourt de 1894, que instituyeron los liberales durante el Gobierno de lord Rosebery, el inadecuado sucesor de Mr. Gladstone, provocó un estremecimiento en muchas gentes. Y es porque establecía el impuesto a la herencia, y en una proporción del 1 por ciento sobre fortunas de 500 libras, hasta el 8 por ciento en las que fuesen de más de un millón de libras esterlinas. Aumentaba asimismo los impuestos desde un penique hasta ocho peniques por libra. Y si bien, para atenuar el golpe e igualar la carga, se gravaban la cerveza y las bebidas alcohólicas, a fin de que la clase trabajadora, que no pagaba impuestos, contribuyese también, esto no consiguió atenuar el revuelo que levantó el impuesto sobre la herencia. El octavo duque de Devonshire se sintió impulsado a predecir la llegada de una época, que esperaba ver antes de su muerte, en que las grandes propiedades como la suya de Chatsworth deberían ser abandonadas solo a causa de «las inexorables necesidades financieras de la democracia».³⁴

Pero en 1894 se produjo un acontecimiento más grato, desde el punto de vista conservador, que venía a compensar el disgusto de los impuestos. Ello fue que Mr. Gladstone se retiró del Parlamento y de la política. Su último y octogenario esfuerzo para instituir el gobierno autónomo había sido rechazado en la Cámara de los Lores durante una asamblea en la que los pares se reunieron en un número raramente visto en mucho tiempo. Con la victoria conservadora del año siguiente hubo una sensación general, que reflejó el *Times*, de que el sistema de gobierno autónomo, «ese germen inoculado por Mr. Gladstone en nuestra vida política, que amenaza con envenenar todo el organismo»,³⁵ quedaba eliminado, al menos por el momento, e Inglaterra podría entregarse pacíficamente a sus actividades y negocios. Las «influencias dominantes»³⁶ seguían, pues, tranquilamente en su puesto rector.

«Influencias dominantes» no era una frase del conservador *Times*, sino, por extraño que parezca, del mismo Gladstone, quien era miembro de la clase de los hacendados, lo cual nunca olvidó, como tampoco abandonó el sentimiento nato de que propiedad implica sentido de la responsabilidad. Poseía una hacienda de unas 3.500 hectáreas en Hawarden, con 2.500 arrendatarios, lo que le producía una renta anual que oscilaba entre las 10.000 y las 12.000 libras esterlinas. En una carta a su nieto, que heredaría esta propiedad, el Gran Radical le exhortaba a que recuperase las tierras perdidas por culpa de las deudas en generaciones anteriores, restituyendo Hawarden a su antigua categoría «como influencia dominante» en el condado, debido a que, según decía, «la sociedad no puede pasarse sin estas influencias dominantes». Ningún duque pudo haberlo explicado mejor. Esta era precisamente la forma de pensar de los terratenientes conservadores que eran sus más enconados adversarios, pero con los que, en el fondo, compartía una confianza en la «aptitud superior» que confería la posesión de tierras heredadas. Sustentaban una creencia totalmente opuesta a la de Estados Unidos, de más reciente formación, donde se consideraba como una virtud

el pertenecer a una humilde cuna y donde solo el que se elevaba por sus propios méritos era digno de admiración, pues el que crecía en un ambiente desahogado tenía más probabilidades de volverse imbécil, perverso, o ambas cosas a la vez. Los ingleses, en cambio, que habían evolucionado más lentamente a través de generaciones en que el Gobierno perteneció a las clases superiores, consideraban que la retención prolongada por una misma familia de la educación, la comodidad y la responsabilidad social, era la fuente natural de la «aptitud superior».

Esto en sí calificaba ya a una persona para el desempeño del gobierno, considerado en Inglaterra, como en ningún otro país, como la profesión más alta y apropiada para un caballero. Desempeñar el cargo de secretario privado de un primo u otro pariente que era miembro del Gobierno, constituía un serio aprendizaje para llegar a formar parte del mismo, o bien simplemente una ocupación agradable para un caballero como era sir Schomberg McDonnell —el secretario privado de lord Salisbury—, quien era hermano del conde de Antrim. La diplomacia también resultaba una carrera deseable para las personas de talento. Así el marqués de Dufferin y Ava, cuando era embajador británico en París, en 1895, anotó en su diario que además de leer once obras de Aristófanes, en griego, aquel año había aprendido de memoria veinticuatro mil palabras de un diccionario persa, «ocho mil a la perfección, doce mil bastante bien, y cuatro mil defectuosamente».³⁷

Ser oficial de uno de los regimientos selectos de la guardia de los lanceros o los húsares era otro papel igualmente aceptable para un hombre de rango y riqueza, si bien esto último solía atraer a las mentes más endebles. Los menos pudientes solían entrar al servicio de la Iglesia o en la Marina. La abogacía y el periodismo eran las carreras indicadas cuando se carecía de dinero. Pero por encima de todo, el Parlamento era la esfera natural y más deseable para ejercer la «aptitud superior». Un escaño en el Parlamento era la única forma de lograr más tarde un puesto en el Gobierno, donde se conseguían influencia, poder, un título

de nobleza al retirarse, y la incorporación al Consejo Privado. Este estaba compuesto por 235 dirigentes de todas las esferas, y aunque formal y ceremonioso en sus funciones, era de gran importancia en la vida de la nación.

El título de nobleza era todavía el mágico manto que arropaba a algunos elegidos, haciéndoles sentirse distintos de los demás mortales. Las carteras ministeriales eran un objetivo codiciado, y para conseguirlas se maniobraba intensamente entre bastidores. Cuando cambiaba un gobierno, nada absorbía tanto la atención de la sociedad británica como el complicado ajetreo a que daba lugar la formación del nuevo Gabinete. Los clubs y los salones mundanos parecían un avispero; se formaban camarillas y alianzas que se deshacían y se volvían a formar en pocas horas, y al fin los ganadores surgían orgullosos, como ciñendo en su frente la corona de laurel de los vencedores. El premio obtenido exigía duro trabajo y largas horas de dedicación, pero rara vez requería un profundo conocimiento del respectivo departamento. La función del ministro no era en sí la de trabajar en una rama, sino la de procurar que se hiciera el trabajo, es decir, algo similar a lo que sucedía con sus propiedades. Detalles tales como las comas decimales, que lord Randolph Churchill calificaba despectivamente como «esas malditas comas»,³⁸ cuando era canciller de la Tesorería, no parecían ser realmente de su incumbencia.

Los miembros del Gabinete de lord Salisbuy, de los que la mayoría, aunque no todos, poseían tierras, riqueza o títulos nobiliarios, no habían entrado en el Gobierno con el fin de obtener ventajas materiales. En realidad, y desde el punto de vista de ellos mismos, era adecuado y necesario que los asuntos públicos fuesen administrados, según decía el mismo lord Salisbury, por hombres que no estuviesen afectados por «el estigma de la sórdida codicia». La carrera de parlamentario, que carecía de retribución, desde luego, no confería beneficios materiales, sino distinción. La Cámara de los Comunes era el centro de la capital, del Imperio, de la sociedad. Sus componentes eran lo más selecto del reino.

Los hijos seguían a los padres en el Parlamento, y no era raro ver a dos generaciones de una misma familia actuar al mismo tiempo. James Lowther, que fue *speaker* delegado de la Cámara desde 1895 a 1905, y delegado titular desde entonces, procedía de una familia que había representado a Westmoreland, con mayor o menor continuidad, a lo largo de seis siglos. Su abuelo y su bisabuelo habían sido miembros durante cincuenta años, y su padre durante veinticinco. El representante de un condado era por lo general un hombre cuyo hogar solía conocerse en cien kilómetros a la redonda como «la Casa», cuya familia era conocida en el distrito desde hacía varios siglos, y que por consiguiente era candidato desde el momento de su nacimiento. Como los gastos de la candidatura, de las elecciones y del mantenimiento en la Cámara corrían por cuenta del postulante, el privilegio de representar al pueblo en el Parlamento era un lujo limitado en gran parte a la clase que podía financiarlo.

Por consiguiente, en 1895, de los 670 miembros que componían la Cámara de los Comunes, 420 eran caballeros con rentas, hacendados, oficiales y abogados. Entre ellos había veintitrés primogénitos de nobles, sin contar los innumerables segundones, primos, sobrinos y tíos de estos. También se sentaba en la Cámara lord Stanley, heredero del decimosexto conde de Derby, y al que se consideraba como el noble más rico de Inglaterra, después de los duques. En su carácter de *whip* del gobierno, Stanley estaba obligado a colocarse en la puerta del vestíbulo para mantener el orden entre los miembros de la Cámara, si bien no se le permitía ejercer su función en la misma sala de sesiones. Era, según escribió un observador, una especie de «criado de categoría»,³⁹ y ver a aquel heredero de un nombre histórico y de una vasta fortuna desempeñando «una función casi servil», constituía la prueba del sentimiento del deber y de la importancia que se prestaba a la carrera política.

La clase dirigente, sin embargo, no solo producía gobernantes, sino que de ella salían también, en igual proporción que en cualquier otra clase, los incompetentes, los inadaptados e inclu-

so los imbéciles. Aparte de sus primeros ministros y de los constructores del Imperio, dicha clase tenía sus engréidos y sus latosos de club; sus lastimosos Reggies y Algies, caricaturizados en el *Punch*, discutiendo con gran interés acerca de chalecos y corbatas; sus oficiales de la guardia, de largas zancas y cuya conversación se limitaba a unos gruñidos o carcajadas destempladas; sus libertinos, que se arruinaban la salud o el bolsillo con la bebida, las carreras de caballos o los naipes; y por último también estaban los mediocres, que nunca hacían nada señalado, fuera bueno o malo.

Hasta en Eton se encontraban los «pelmas», muchachos que, según las palabras de un condiscípulo, «no estaban en buena forma, y que si no eran viciosos por naturaleza, eran indudablemente imbéciles, degenerados mentales». ⁴⁰ Si bien algún «pelma» podía llegar a ser miembro del Consejo Privado treinta años después, la mayor parte de ellos seguían siendo «pelmas» durante toda la vida. Por ejemplo, uno de los sobrinos de lord Salisbury, Cecil Balfour, se fugó a Australia después del asunto de un cheque falso, ⁴¹ y allí murió de alcoholismo, según se dijo.

A pesar de tales situaciones, las familias rectoras no tenían duda alguna acerca de su derecho inalienable a gobernar, y en general esto mismo pensaba el resto del país. Ser lord, escribió en 1895 un personaje especialmente pintoresco, lord Ribblesdale, «aún sigue siendo algo popular». Conocido como «el antepasado», a causa de su noble apariencia, Ribblesdale era una encarnación tan perfecta del patricio, que John Singer Sargent, glorificador de aquella clase, le pidió que se dejase pintar por él. ⁴² Apareciendo de cuerpo entero en el retrato, vestido como jefe de los Cazadores de la Reina con un largo gabán de montar, chistera, botas relucientes y una fusta de caza en la mano, el Ribblesdale de Sargent contempla el mundo con una actitud de arrogancia natural, elegancia y confianza en sí mismo como ningún hombre pudo hacerlo después. Cuando el cuadro se exhibió en una sala de exposiciones de París y Ribblesdale fue a verlo, le siguió una multitud de admirados franceses, que reconociendo al

personaje del retrato, susurraban acerca de *ce grand diable de mi-lord anglais*.⁴³

Durante la apertura de la semana de carreras de Ascot, lord Ribblesdale dirigía la comitiva real sobre el verde césped. Montaba entonces un brioso corcel y vestía una levita de color verde oscuro con aplicaciones doradas, constituyendo un espectáculo que ninguno de los presentes podía olvidar. Como *whip* liberal en la Cámara de los Lores, miembro del consejo del condado de Londres y síndico jefe de la National Gallery, Ribblesdale tomaba parte activa en el gobierno del país. A semejanza de muchos de los de su clase, tenía un fácil sentido de relación con la clase trabajadora que servía en las propiedades de los hacendados. Cuando la reina entregó a J. Miles, lacayo de los Cazadores, una medalla de oro por sus cincuenta años de servicio continuado, Ribblesdale se trasladó hasta Windsor para felicitarle, y se quedó tomando el té y charlando con el criado y su esposa. Como él mismo escribiera acerca del aristócrata, «el desahogo del ambiente desde su juventud tiende a producir en él una actitud de desenfadado buen humor... Estar satisfecho de sí mismo puede parecer una vanidad o una estupidez, pero raramente resulta desagradable, sino todo lo contrario».

A pesar de la tendencia de la prensa liberal a pintar la aristocracia como un conjunto de torpes y degenerados, el noble todavía seguía reteniendo, en opinión de Ribblesdale, el respeto de su condado. Identificándose con los intereses del pueblo, Ribblesdale mantenía cordiales relaciones con sus arrendatarios, agricultores y comerciantes, y se habría sentido avergonzado de no haber hecho honor al prestigio y al nombre de asociaciones ya probadas de antiguo. A pesar de este agradable panorama, también lord Ribblesdale llegaba a percibir el rumor distante y amenazador, y treinta años más tarde eligió como lema de sus memorias la frase de Chateaubriand: «He guardado el fuerte amor por la libertad característico de una aristocracia cuya última hora ya ha sonado».

A mediados del verano era la época en que la temporada en Londres se encontraba en su apogeo, y cuando la sociedad se manifestaba en todo su esplendor. A un aristócrata que llegó de París, aquello le pareció «como si una raza de dioses y diosas hubiese descendido desde el Olimpo hasta Inglaterra, en junio y julio».⁴⁴ Todos ellos «parecían vivir en una nube dorada, gastando sus riquezas con la misma indolencia y naturalidad que si fueran verdes hojas de los árboles». Detrás del príncipe de Gales seguía «un grupo de muchachas como cisnes blancos, cuyos finos cuellos sostenían cabezas delicadamente enjovadas», y que respondían a los nombres de lady Glenconner, lady Warwick y duquesa de Leinster. La duquesa, que murió a los dieciocho años apenas, era, según las palabras de lord Ernest Hamilton, «divinamente alta..., de una belleza tan deslumbrante que resultaba casi increíble».⁴⁵ Su sucesora, la condesa de Warwick, considerada como «la mujer casada más bonita de Londres», se enamoró del príncipe de Gales, y ello fue la causa de un escándalo en el cual lord Charles Beresford casi llegó a golpear a su futuro soberano. Según la describiera un periodista, era «una diosa de turgente figura, vestida con diáfanas telas, y con un continente bellamente altivo, cuya fama había llegado hasta los más alejados lugares del campo». Era una «belleza», mágico título que en aquella época confería a quien lo llevaba un carácter público.

—Levántate, Daisy —le decía su madre cuando el buque llegó a puerto, después de un desagradable cruce del estrecho de Irlanda—; las gentes están esperando para admirarte.

En esa época veraniega, tanto dentro como fuera de las plazas de Berkeley y Belgrave, las comitivas fluían incesantemente. Nadie se quedaba en casa, a no ser que estuviese muriéndose. La jornada comenzaba a las diez con un paseo a caballo por el parque, y terminaba con un baile a las tres de la madrugada. En un lugar selecto situado entre las puertas de Albert y Grosvenor, de Hyde Park, un reducido círculo de la sociedad más influyente tenía la seguridad de encontrarse para una cabalgata matinal o para un paseo vespertino entre la hora del té y la de la cena. Lon-

dres no había perdido su aire aristocrático. Los tiestos de las ventanas aparecían resplandecientes de flores, en las mansiones que se llamaban como sus dueños: Casa de Devonshire, Casa de Landsowne. Espléndidos carruajes desfilaban por las calles. Las damas conducían sus calesas, con un lacayo sentado en la parte trasera del vehículo, muy derecho y con los brazos cruzados. Los caballeros que las miraban pasar con gesto aprobador suspiraban y comentaban lo hermoso que era «ver a una bella mujer conducir detrás de una buena pareja de caballos».⁴⁶ Por otra calle llegaban al trote los guardias reales de Caballería, con sus guerreras escarlata y sus pantalones blancos de montar, cabalgando sobre negros corceles cuyos arreos resplandecían al sol. En otros carruajes se advertían las figuras bien conocidas de estadistas o de miembros de clubs distinguidos, que iban a visitar grandes casas o los círculos de Pall Mall y Picadilly: el Carlton, de los conservadores; la Reforma, de los liberales; el Ateneo, para los distinguidos; el Turf, para los deportistas; y el Travellers, el White o el Brooks para la amistosa conversación con caballeros de ideas semejantes. Los asuntos del gobierno y el Imperio se solucionaban en «el mejor club de Londres», la Cámara de los Comunes, que se reunía durante la temporada. Su biblioteca, salón de fumar y comedor; sus criados, camareros y bodegas eran de una categoría adecuada a los gustos de un caballero. Damas de grandes sombreros tomaban el té con ministros y miembros de la Cámara, en las terrazas que daban al Támesis, desde donde se podía admirar la episcopal dignidad del palacio de Lambeth, al otro lado del río, y se murmuraba sobre las últimas novedades políticas.

En las mesas privadas, cubiertas de rica mantelería y con un camarero detrás de cada silla, caballeros de levita y corbata blanca conversaban con damas vestidas con nubes de tules, que llevaban la espalda desnuda, y en cuyo artificioso peinado se veían adornos de estrellas o de pequeñas coronas. La conversación no era despreocupada, sino «un arte en el cual la competencia confería prestigio».

La ópera, que se hizo elegante gracias a su activa propagandista, lady De Grey, ofrecía representaciones donde Nellie Melba cantaba dúos de amor con el apuesto ídolo Jean de Reszke. En el palco real se encontraba una visión deslumbrante vestida de terciopelo, lady Warwick, «con solo unos pocos diamantes en su mefistofélico atavío escarlata, y una pluma también roja en su cabello». Un verdadero enjambre de gemelos se alzaba para ver cómo vestía lady De Grey, su rival como la dama mejor vestida de Londres. Más tarde, en las fiestas que daba lady De Grey, llamadas «bohemia con tiaras»,⁴⁷ entre los invitados podía verse a la propia madame Melba, así como al príncipe de Gales y a Oscar Wilde, antes de su fatal caída ocurrida en 1895. En las veladas se celebraban recepciones políticas que duraban hasta la medianoche, o bailes que no cesaban hasta que amanecía. En lo alto de las amplias escaleras de las mansiones, la duquesa de Devonshire o lady Londonderry, dos árbitros de la sociedad, recibían a una riada de invitados, mientras un lacayo anunciaba estentóreamente una orgía de títulos: «Su Gracia... Su Alteza... El muy Honorable... lord y lady... Su Excelencia, el embajador de...».⁴⁸

La sociedad estaba dividida en varios grupos, cuyos miembros se mezclaban entre sí. A la cabeza del grupo más alto se hallaba la rolliza aunque majestuosa figura del príncipe de Gales, con su corta barba gris y su cigarro. Ecléctico, sociable, eternamente dominado por el tedio (como todos los que le acompañaban) que producía la monótona vida cortesana impuesta por su madre viuda, el príncipe abría su círculo de nobles a una variedad de inquietantes extraños, siempre que fueran entretenidos, o tuvieran dinero o belleza. Entre estos se contaban norteamericanos, judíos, banqueros, corredores de Bolsa, y en ocasiones algún industrial, explorador u otra celebridad momentánea.

Entre los amigos del príncipe se hallaban algunos de los hombres más capacitados del país, como el almirante sir John Fisher. Por otra parte, no es verdad que jamás leyese un libro. Así, por ejemplo, prefería Marie Corelli a cualquier autor del momento, y había leído el primer libro del teniente Winston

Churchill, *The Malakand Field Force*, «con el mayor interés posible», y luego envió al autor una atenta nota, manifestándole que «consideraba excelentes las descripciones y el lenguaje». Pero en general, dentro de su círculo los intelectuales y literatos no eran bien acogidos, porque según lady Warwick, la sociedad, o al menos la parte que rodeaba al príncipe, «no se había hecho para pensar». Por el contrario, esa sociedad era amante de los placeres, temeraria, irreflexiva y enormemente extravagante y dispendiosa. Los advenedizos, especialmente los judíos, eran acogidos con recelo, «no porque resultasen individualmente poco agradables, ya que algunos eran encantadores, e incluso brillantes, sino porque eran muy cerebrales y entendían de finanzas». Esto resultaba sumamente incómodo, ya que la sociedad nada quería saber de ganar dinero, sino del modo de gastarlo.

A la derecha de este grupo se hallaban los «Incorruptibles», los rigurosos, los reaccionarios, intensamente conscientes de su nobleza, que consideraban como vulgar el círculo que rodeaba al príncipe, y que se veían a sí mismos como el puntal del buen tono de la aristocracia. Cada familia estaba rodeada por una tribu de primos del campo, de menor fortuna, que aparecían por Londres una o dos veces en cada generación, para presentar a una hija suya, y que parecían salidos del siglo anterior.

A la izquierda estaban los «Intelectuales», o «Almas», que se reunían reverentemente en torno a su sol y centro, Arthur Balfour, el sobrino de lord Salisbury, al que se consideraba como el hombre más brillante y popular de Londres. Allí figuraban los más cultos, los conscientes de su propia inteligencia y eternamente orgullosos de sus dotes intelectuales.

—Os sentáis todos juntos para hablaros unos a otros de vuestras almas —hizo notar lord Charles Beresford en una cena, en 1888—. Os voy a llamar «las Almas».⁴⁹

Y así quedaron bautizados. Almirante de la flota, y ornato del grupo del príncipe de Gales, lord Charles no era propiamente un miembro de «las Almas», si bien se había casado con una mujer singular, que llevaba tiara para tomar el té y que fue pintada por

Sargent en uno de sus cuadros con dos pares de cejas,⁵⁰ porque, según explicó el mismo pintor, la dama tenía realmente dos pares, uno de ellos pintado encima del verdadero.

Todos los hombres pertenecientes al grupo de las «Almas» seguían la carrera política, y muchos de ellos eran jóvenes ministros del Gabinete de Salisbury. Miembro destacado del grupo era George Wyndham, que había escrito un libro sobre los poetas franceses y una introducción al *Plutarco*, de North, y que, tras servir como secretario privado de Mr. Balfour, fue nombrado subsecretario de Guerra en 1898, a pesar de las protestas de lord Salisbury, a quien «no le gustaban los poetas».⁵¹ George Curzon, subsecretario de Asuntos Exteriores, y que no tardaría en ser nombrado virrey de la India, era otra «Alma», lo mismo que St. John Brodrick, más tarde secretario de Guerra. Ambos eran herederos de títulos del reino. Otros eran parientes de Tennant: Alfred Lyttelton, un campeón de *cricket* que sería más tarde secretario de Colonias y que contrajo matrimonio con Laura Tennant antes de su prematura muerte; lord Ribblesdale, que se casó con Charlotte Tennant; y la desenvuelta Margot, tercera hermana, a cuya boda con el secretario liberal saliente, Mr. Asquith, asistieron dos antiguos primeros ministros, Mr. Gladstone y lord Rosebery, y dos primeros ministros futuros, Mr. Balfour y el propio novio. Un miembro del grupo especialmente admirado era Harry Cust, heredero de la baronía de Brownlow, estudioso y atleta de ingenio notablemente agudo, al que por su sola reputación, sin tener experiencia alguna, le pidieron, a través de una mesa en la que estaban cenando, que aceptase el cargo de director de la *Pall Mall Gazette*. Aceptó al momento, y permaneció en su cargo durante cuatro años. Dotado de una «excesiva indulgencia»⁵² en relación con las mujeres, para las que resultaba «irresistiblemente fascinante», su carrera pública se vio afectada y nunca llegó a concretar su prometedor trayectoria.

La sociedad era entonces reducida y homogénea, y su *sine qua non* eran las tierras. Para que un extraño pudiera penetrar en aquel círculo cerrado, primero tenía que comprar una propiedad

y vivir de ella, si bien esto solo nunca bastaba. Así, cuando John Morley, que en aquella época era ministro del Gobierno, se encontraba de visita en la propiedad en la que Mr. Andrew Carnegie había hecho construir una piscina, y llevó consigo al detective que le acompañaba, al preguntarle su opinión, el detective replicó con juicioso tono:

—Yo creo, señor, que esto tiene el sabor de lo advenedizo.⁵³

En el «brillante y poderoso cuerpo»⁵⁴—como Winston Churchill las llamara— de las doscientas grandes familias que habían estado gobernando Inglaterra durante muchas generaciones, todos se conocían, o eran parientes entre sí. Como la superioridad y la comodidad de su situación imponían a la nobleza y a los hacendados el deber de reproducirse, todos se mostraban inclinados por las familias extensas, de cinco o seis hijos, por lo general, aunque tampoco eran raros ocho, nueve o más hijos por familia. Así, por ejemplo, el duque de Abercorn, padre de lord George Hamilton, que fue miembro del Gobierno de Salisbury, tenía seis hijos y siete hijas; el cuarto barón de Lyttelton, cuñado de Gladstone y padre de Alfred Lyttelton, tuvo ocho hijos y cuatro hijas; el duque de Argyll, secretario de la India con Gladstone, poseía doce vástagos. Como resultado del casamiento de tantos descendientes, y de muchos segundos matrimonios, todo el mundo estaba emparentado al menos con una docena de familias. La gente que se encontraba todos los días en las visitas, las carreras, las cacerías o las regatas, lo mismo que en la Real Academia, los tribunales o el Parlamento, solían hablar a menudo con sus primos segundos, cuñados y otros parientes. Del mismo modo, al formar un primer ministro su gobierno, resultaba casi inevitable que en el mismo se incluyeran varios parientes suyos, o que lo eran entre sí. En el Gabinete de 1895, por ejemplo, lord Lansdowne, el secretario de Guerra, estaba casado con una hermana de lord George Hamilton, el secretario de la India, y la hija de Lansdowne había contraído matrimonio con el sobrino y heredero del duque de Devonshire, el cual era lord presidente del Consejo.